



## **Educación Superior y Pueblos Indígenas Prólogo**

**Aníbal Jozami**  
Rector Universidad Nacional de Tres de Febrero

La cultura y el conocimiento son el motor de la evolución e indudablemente el primer antídoto, si se me permite la figura, del temor atávico a lo diferente y los que nos son extraños. Sin embargo, es menester admitir que existen situaciones en las que pareciera que la cultura y el conocimiento no son contención para aquél miedo a lo desconocido. Despliegan, digamos, una capacidad insuficiente a la hora de metabolizar, por decirlo de una manera sumamente irónica, el terror del hombre blanco hacia el que no lo es.

Este miedo ha sido el disparador del Coloquio y Taller “Educación Superior y Pueblos Indígenas en América Latina. Contextos, Experiencias y Desafíos” que realizamos el año pasado en la UNTREF y que hoy se transforma en este libro.

Nosotros, sujetos evolucionados del tercer milenio, que como consecuencia de nuestra formación cultural y desde la conciencia rechazamos y denunciemos toda manifestación teñida aunque mínimamente de racismo y segregación, sentimos igualmente el impacto de la presencia del otro. De este impacto se ocupa este libro, que desde la primera línea de la presentación advierte que “derivadas de la herencia colonial, las inequidades que afectan a pueblos indígenas y afrodescendientes aún están fuertemente enquistadas en las sociedades latinoamericanas contemporáneas”.

En efecto, en los diferentes niveles del sistema educativo se materializa aquél temor y su reacción ante el otro extraño, y lo hace en formas tales como la exclusión, rechazo o simplemente desconfianza hacia estudiantes, docentes, visiones del mundo, lenguas y modos de conocimiento que son la esencia cultural de los pueblos indígenas.

Las luchas políticas y sus consiguientes avances legales de los pueblos indígenas tienden a hacerles justicia en los hechos, luego de siglos de estigmatización. Sin embargo, la sustancia de la desconfianza pervive en el vínculo cotidiano. La oposición entre un “ellos” y un “nosotros” goza de buena salud, lamentablemente. Su eventual dilución se me hace más una esperanza de largo plazo que un proyecto de realización. Sin embargo, aquél taller y este libro constituyen un paso hacia el objetivo de una universidad intercultural, enmarcada en el contexto de una sociedad en el que en el futuro ya no haya que pensar en la diferencia de culturas, ni en instrumentos legales que tiendan a una suerte de acción afirmativa para los colectivos indígenas. Sólo luego de transitar este camino podrá de una comunidad decirse que es equitativa.

\* \* \* \* \*

Las iniquidades sufridas por los sujetos que la visión del hombre blanco, por decirlo de manera frontal, invisten al “otro” con el ropaje del extraño, me llevó a

pensar en la figura de un choque de civilizaciones que proclamaba Samuel Huntington. En su teoría y programa geopolítico este politólogo, que en su momento fue integrante del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca, alertaba sobre el peligro que sobre Occidente se cernía bajo la forma del avance del Islam. Opté por apelar, como disparador y salvando las distancias, a un eventual choque de civilizaciones interno en nuestras sociedades latinoamericanas para pensar la relación con el “otro” extraño. Si es que hay un “otro” extraño, porque me resisto a legitimar la idea de que haya un “nosotros” que deba oponérsele.

El de Huntington es un programa político basado en la existencia de un peligro y la perentoria necesidad de tomar medidas de protección. El riesgo constante es el choque con el otro. Apelo a él y a sus figuras para negar su pertinencia en el marco de una educación intercultural y una sociedad equitativa. Creo que tenemos que caminar por otra vereda, que es la que nos mostró aquél gran intelectual palestino que fue Edward W. Said, a quien el año pasado designamos póstumamente Doctor Honoris Causa de nuestra universidad con la presencia de su viuda Mariam Said.

En aquella oportunidad, planteaba, siguiendo a Said, que la política es indisociable de la cultura y de la práctica del intelectual, y parte de su grandeza fueron los modos constantes e implacables con los que hizo oír su voz. Dejar oír la voz de la cultura y las prácticas indígenas en todas sus dimensiones en la universidad es un mandato que no podemos obviar. De todos modos, se debe ir más allá en esta materia ya que el respeto pasivo hacia ellas no es modelo deseable. No demando integración de la cultura indígena, porque eso sería ubicarla en un lugar subalterno. Hacerlo no llevaría a solucionar las desigualdades que padecen los pueblos indígenas en el ámbito de la educación superior sino, por el contrario, a anquilosarlas. De ningún modo el camino es subsumirla. Nuestro objetivo, el de la universidad, debe ser otro y democrático. No es contener a una minoría, sino el acortamiento de las distancias entre personas de orígenes diversos.

Vuelvo a Said y al concepto de que lo político es indisociable de la cultura, de la práctica intelectual y, agrego, de la producción de conocimiento como materia específica de la educación superior. A esta instancia todos llegamos con un cierto bagaje de la nación a la que pertenecemos, en la que nacimos y crecimos, y en función de cuya idiosincrasia nos formamos como sujetos día a día. La que denominamos como indígena también es parte de la cultura que definimos como indisociable de lo político y de la actividad intelectual. Toda la cultura es un pilar de la academia y de la actividad intelectual, y la porta y la transforma el sujeto de manera cotidiana.

El concepto de cultura que atraviesa la obra de Said, se me ocurre, puede impulsar y dar continuidad al debate que dimos al año pasado en el coloquio y taller y que hoy toma la forma de libro. El gran intelectual palestino construyó una definición de cultura a partir de una postura que fue estructurando frente a las políticas de la diferencia y la otredad, pensadas como distancia cultural entre Oriente y Occidente. Lo hizo teniendo prioritariamente en cuenta las desiguales relaciones de poder. Escribió que “las culturas no son impermeables; así como la ciencia occidental tomó cosas de los árabes, ellos las tomaron de los indios y de los griegos. La cultura no es nunca cuestión de propiedad, de tomar y prestar garantías y avales, sino más bien que apropiaciones, experiencias comunes, e interdependencias de toda clase entre diferentes culturas”. Esta concepción, decía

Said en su autobiografía, emerge de la realidad de quienes habitan entre varios mundos o al menos “entre dos mundos”. Vemos que no es ni una tragedia ni un peligro la existencia de eso que podríamos llamar “otro” mundo. Al contrario, es recomendable intentar ser parte de él también.

El trabajo de Said ha demostrado de distintas formas que la idea de otredad es una construcción de Occidente que, con la consigna de lo políticamente correcto, reforzó el prejuicio al promover la inclusión de los “diferentes”. Lo que logró fue, de alguna manera, instituir una suerte de cupo para la diversidad, reclamando pasaporte a quienes sean pasibles de considerar como “otros”. El discurso de la transculturalidad no es otra cosa que un método para la tranquilización de la conciencia occidental; una intención de tratar como menores de edad a estas/nuestras culturas. Podríamos decir que este es el camino por el que continúan, por otros medios, los procesos coloniales imperialistas iniciados en el siglo XV. Claro que menos feroces, más acordes a los tiempos actuales.

En “Cultura e imperio”, un libro de 1996, Said analiza el tipo de relaciones culturales que instaura la dicotomía entre Oriente y Occidente. Observa que lo distintivo es que esas relaciones son violentas en todos los aspectos. Me interesa dejar planteado aquí que la cultura, localizada en tiempo y espacio, esto es en dimensión histórica, diseña y establece un sistema de pensamiento basado en la diferencia y la oposición entre un “nosotros” y un “otros”. Said sostuvo que “la cultura es una especie de teatro en el cual se enfrentan distintas causas políticas e ideológicas. Lejos de constituir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras”. Y como de este laberinto también se sale por arriba, habilitó una vía de reflexión que dinamiza la lectura de las realidades político-culturales del presente y del pasado. Una lectura que es capaz de tener en cuenta no sólo las culturas originarias sino también el contacto entre ellas y otras, incluidas las occidentales y colonizadoras.

La cultura como campo de batalla no es algo que pueda esquivarse, saltarse. No aparece la opción de no transitarlo. El ámbito académico está inscripto y se desarrolla en ese mismo campo. Nadie deja su cultura al ingresar a los claustros y se los vuelve a cargar como software prêt-a-porter al retirarse. La alternativa es tener en cuenta la diferencia sin transformarla en otredad definitiva, y en consecuencia pretender anularla a la hora de producir y transmitir conocimiento. No obviarla ni chocarla (al estilo Huntington), ni tampoco prescribirle un tratamiento en base a fuertes dosis de condescendencia.

Desde hace años llevamos adelante en la UNTREF un modelo universitario en el que la diferencia no debe ser un problema a solucionar, sino una realidad; y la aproximación a la diferencia no puede derivar ni en la construcción de un ghetto ni tampoco en medidas de acción afirmativa que terminen anquilosándose una vez que haya recibido el impulso político necesario para subsanar la segregación. Preferimos claramente el programa Said, y libros como este dan testimonio de ello.